

## EL PAPA Y LA IGLESIA CATÓLICA

### Institución e Inspiración

Alain Touraine, sociólogo francés, socialista y agnóstico de toda la vida, comentaba la última visita del Papa a París, hace algunos años para la Jornada Mundial de la Juventud. “Para mí, decía, es un hecho sin explicación racional. Nadie hoy día en Francia, en Europa o en cualquier parte del mundo, junta a 10.000 jóvenes, -que no sea un cantante célebre o un gran evento deportivo. Y este anciano, rígido por el parkinson, que casi no puede hablar, es capaz de reunir a 1.000.000 de jóvenes en torno a una celebración religiosa”.

Muchos han tratado de encontrar una explicación. Los jóvenes de hoy, dicen, desconfían de las instituciones, de las doctrinas, de los reglamentos, de las prácticas. Para ellos, las iglesias establecidas –como los partidos políticos, las escuelas filosóficas- tienen mucho de eso de que desconfían. Pero, creen en los gurúes, en los inspirados, en los carismáticos. Y para ellos el Papa Juan Pablo II era eso: un testigo del misterio, un hombre que se comunicaba con Dios y podía por lo mismo comunicar a Dios. El Papa era el hombre consecuente con su fe, que vivía para su ministerio, que daba testimonio con su vida. No era el detalle de sus enseñanzas lo que atraía, ni tampoco la institución milenaria que él presidía. Era él, su persona, su figura, su testimonio. Pasó la era de los Lenin, de los Hitler, de los Mao, la era de los Churchill y de los De Gaulle. Hay políticos, hay profesores, hay especialistas; no hay líderes carismáticos, grandes figuras que saben a dónde van, que se paran frente al mundo y dicen lo que creen y lo que viven, con certeza; hombres que dicen lo que creen y creen lo que dicen, que viven lo que creen y creen lo que viven; hombres nacidos para ser líderes, para inspirar, para conducir. Juan Pablo II era uno de ellos y por eso lo seguían y lo escuchaban no solo los

católicos, también personas ajenas a su religión o a toda religión. Era una luz en el mundo de hoy, una de las pocas luces que brillaban para todos y que invitaban a mirar hacia arriba y a mirar el mundo de aquí abajo desde mas arriba.

La mas extraordinaria prueba de lo que fue Juan Pablo II, para la humanidad y para la juventud, la dieron sus funerales. Todos los líderes del mundo estuvieron presentes para la última despedida en la Plaza de San Pedro. Él había censurado la invasión de Irak; y sin embargo estaba allí el Presidente Bush, el invasor, y junto con él los dos últimos presidentes de Estados Unidos. Varios millones de hombres y mujeres invadieron las calles de Roma, sin tener donde dormir, para estar allí y despedir al Papa querido, con sus lágrimas. Y muchos de los que estaban allí y lloraban, eran jóvenes. Una estrella se había apagado para ellos en el cielo de su esperanza.

No se puede atribuir así no más a la Iglesia Católica de hoy el entusiasmo y el cariño que el Papa fallecido despertaba a su paso. Él tenía un carisma personal intransmisible. Pero es interesante observar que ese gran gurú era un cristiano, penetrado del Evangelio, lleno de fe en la Eucaristía, conducido por el espíritu devoto de María, ardiente de amor a todos los hombres. El mundo reconoció en él un valor espiritual auténtico, algo que venía de arriba, y por eso lo quiso y lo siguió. Juan Pablo II dejó la vara muy alta para los gurúes y líderes espirituales que se empeñen en reemplazarlo y en continuar su obra. El mundo no aceptará fácilmente las falsificaciones.